GRANADA, SUEÑOS DE INFANCIA

Antonio del Hoyo

Primera edición, maup de 2026
© Antonio del Hoyo, año

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-30-6
THEMA: FBA-FXB-1DSE-ES-AD-3MPBG
DEPÓSITO LEGAL: M-12342-2026

GRANADA, SUEÑOS DE INFANCIA

Antonio del Hoyo

avant
editorial

A la memoria de mi padre, con profundo cariño y respeto,
que en el 2023 hubiera cumplido cien años,
la edad que le hubiera gustado alcanzar.
A su infancia y adolescencia,
en sus queridas tierras granaínas.

Era del año la estación florida que, con su límpido manto, se extendió por las soleadas y radiantes calles; el sol brillaba con fuerza y el aire flotaba transparente y más puro. De esta manera me recibió mi querida ciudad, mi añorada, mi anhelada Granada.

Llegué en tren, recorrí la estación y, traspasadas sus puertas, mis ojos contemplaron otra ciudad, más bulliciosa, con un sin fin de coches, en todas las direcciones. Esa imagen real que contemplan mis ojos se sobrepone a la que conocí, en los años treinta, la tranquila ciudad provinciana, sin apenas tráfico, con parejas paseando del brazo, con carretas guiadas por una mula, bajo la atenta mirada de un mozalbete en el pescante.

Las hojas amarillas revoloteaban formando remolinos, barridas por el ligero viento que las acaricia; las calles repletas de gente, viandantes con paso ligero, todos con prisa, mirando al frente, a un horizonte sin definir. Qué distintos de los granadinos que paseaban antes, tranquilos, sin agobios, a todos los sitios se llegaba caminando, todos se miraban a la cara, se conocían y se saludaban.

La ciudad ha cambiado, se ha tornado más impersonal, más fría, esto sucede en todas las urbes a medida que crecen, se despersonalizan, se multiplican, aumenta de modo descontrolado su población, se deshumanizan.

Inocente broma, no era la estación florida, sino el final del otoño, que se despojaba de las galas, de las alhajas, de los abalorios, se disponía a recibir al invierno, que en estas latitudes se

muestra clemente, pero ese otoño mágico se había vestido de primavera, para recibirme.

¡Cuántas veces te he añorado, querida ciudad!, y, ahora que estoy aquí, no puedo evitar una sensación de desencanto. No puedo pecar de ingenuo y creer que nada habría cambiado, ha transcurrido mucho tiempo, han transcurrido muchos años, el mundo no es el mismo. Granada ha cambiado, ya no eres tú mi Granada, pero eres Granada aún, hermosa y radiante.

Me lo advirtió mi querido amigo José, Joseíco, para los escasos íntimos, que no aguardara encontrarme la ciudad como la dejé. Lo comprobé en mi pueblo natal, ya no era lo que fue. Otras personas más jóvenes discurren por sus calles, otras músicas, otros hábitos. En la calle donde se ubica mi casa natal, más bien se ubicaba, porque la vendimos, no reconozco a ningún vecino. Todos son nuevos; los de mi generación se marcharon en su juventud a buscar nuevos horizontes, nuevas expectativas… En definitiva, emigraron en pos de una vida mejor, buscando otras labores que no fueran las del campo.

"No te creas que te encontrarás las calles como las dejaste, ahora todo está más cuidado, asfaltado, todo mucho mejor. Sin embargo, tus amigos, nuestros amigos, se han marchado, muchos de ellos a otros lugares de España para no volver jamás, los amigos perdidos por el tiempo. Otros, lamento comunicarte que la mayoría, nos han dejado, nos dejaron para siempre, los amigos perdidos en la eternidad. Esos amigos con los que siempre acariciábamos en el fondo de nuestros corazones reencontrarnos, recordar conjuntamente los viejos tiempos, tejer nuestra querida y añorada infancia, con los mil y un detalles que la conforman, como un tapiz, en que cada uno de los artesanos aporta su dibujo en una escena a reconstruir. Otros amigos, los amigos atrapados

por el tiempo, me refiero a los que, por nuestra edad, no se valen por sí mismos y dejan pasar los días en una residencia, entre desconocidos. La vida por desgracia no es como antes, que los hijos cuidaban de los padres, como estos lo han hecho con ellos, de niños. Ahora no, los ancianos representamos un estorbo, suerte que tú y yo aún nos valemos por nosotros mismos. En los tiempos que corren, en cuanto presenten los padres el menor achaque, a la residencia. Los que disponen de dinero, contratan a una persona que los cuide. Y si te vales por ti mismo, trabajas sin cobrar y con la responsabilidad correspondiente, de yayo, de cuidador de tus nietos. Una cosa es cuidar y querer a tus nietos, otra educarlos, que corresponde a los padres. Quieras que no, te los encasquetan." Me advirtió mi amigo Joseíco.

"Nos vamos yendo todos, Antonio, prosiguió, lamentablemente es así, y nosotros, que hemos mantenido esta amistad tantos años, mientras la salud no nos traicione, seguiremos viéndonos. Si te digo la verdad, mucho me he arrepentido de haber comprado la casa en nuestro pueblo natal, impulsado por un sentimiento de anhelo, como un premio de jubilación. Sin embargo, cuando paseaba por sus calles, los rostros de nuestros amigos no aparecían, en todo caso pretendía descubrir en el rostro del joven de hoy al abuelo, al amigo de ayer."

Recuerdo las palabras imborrables de mi amigo Joseíco, y sus innumerables visitas, siempre deseadas y añoradas, en la ciudad de Valladolid, donde emigramos tras jubilarnos, siguiendo la estela del éxodo rural. Yo, la verdad, le visito un poco menos, como vive con la familia de su hija y las dos nietas; aunque se muestra muy amable y hospitalario cuando le visito, sé que viven muchas personas en ese piso, pequeño y estrecho, y cuando acudo, permanezco allá solo un ratillo. No quiero molestar a su

familia, y menos a mi amigo de tantos años, a mi querido amigo de la infancia.

Tu nítida imagen, Joseíco, la veo sentada en el sofá de cuero, juntos los dos, con la mesita baja enfrente y, como acostumbras, te invitaba en Navidad a una bandeja de mantecados y polvorones, y una excelente, no podía faltar, botella de anís. Por la mañana, en las navidades, existía la costumbre en la provincia de Granada, concretamente en mi pueblo, de levantarse los mayores y tomar su copita de anís y el polvorón. A nosotros, los niños, nos vetaban la bebida alcohólica, pero cuántas noches no he soñado con que me comía el mantecado, o deseaba, cuando no conciliaba el sueño, que llegara pronto la mañana y desayunar un vaso de leche con el polvorón, tan rico, apretándolo bien con la mano, espachurrándolo, dentro de la funda de papel, y luego partirlo en pequeñas porciones para saborearlo mejor, para que durase más tiempo su sabor en la boca.

—Joseíco, estas cosas no me las hagas, que sé que te gustan los mantecados de chocolate.

—Yo te agradezco mucho esta suculenta bandeja y la hospitalidad con la que siempre me recibes…

— La que te mereces, amigo, incluso a veces bien poca cosa te pongo para comer. Pero come algo, ahora estamos en fechas navideñas, apetecen mantecados, que guardan el sabor de nuestra infancia… Aunque en tu caso da igual, no los comes. ¿Recuerdas cuando compré un quilo de jamón de nuestra tierra? No recuerdo ahora bien el pueblo ese que cría los jamones, con ese aire tan fresco, tan limpio, el pueblo más alto de toda España... De ahí era ese jamón, por más que te lo ofrecía, nada. Que no comes nada… Ya recuerdo, Trevélez se llama el pueblo.

— Me conoces bien, Antonio, no soy de mucho comer. Incluso cuando Maruja, que Dios la acoja en su seno, me hacía la comida al principio de casados, se lo advertí: «Esposa querida, que yo soy de poco comer, te has casado con un pajarillo…». Aquí sucede algo parecido, no es por desmerecer, si yo sé que me pones lo mejor que encuentras, pero yo con un poquillo que coma me basta, hasta con medio plato, suficiente. Y beber, ya sabes que nunca desprecio una copita de anís, y más si la ha reservado un amigo… Tampoco soy de mucho beber, un vasito de vino al día, con las comidas, suficiente.

Querido Joseíco, siempre me ha sorprendido cómo has podido sobrevivir con un régimen tan parco de comidas. Luego pasa lo que pasa, siempre tan delgadito. Yo he sido de buen comer, no en exceso, lo reconozco, pero no hago ascos un día darme un buen banquete o atracón. Respecto a la bebida, debo reconocer que hubo una época, en mi juventud, en que me excedí con el vino; no obstante, esa crisis se superó, un bache pasajero. Como tú, solo tomo un vasito de vino tinto al mediodía, y ya está.

"Ten en cuenta, que ya vamos siendo mayores, aunque nosotros nos creamos con fuerzas y energías, no es lo mismo. Yo mismo hace un par de años tardaba diez minutos en venir a tu casa, y no me cansaba. Ahora tardo casi media hora, con pasitos cortos, y realizando breves paradas. El tiempo pasa por todos... Cambiando de tema, considera que casi no sales de casa, que te cuesta caminar. Reflexiona sobre ese factor, antes de empezar un viaje tan largo y cansado a Granada. En tu lugar, yo me quedaría aquí, tan a gusto, sin problemas, sin colas ni agobios, ten en cuenta que, en Granada, circula una gran multitud de gente, las calles

abarrotadas, casi no caben en las aceras, te puedes tropezar, o te pueden empujar, no existen modales ni educación".

Ahora que piso Granada, que paseo por sus calles, en parte razón sí tienes, mucha gente, más de la que yo recuerdo, pero no tanta como tú decías. Quizás en las horas punta, a la salida del trabajo o a la hora de comer, salgan todos y entonces convendría salir a pasear tranquilo. Mira, Antonio, ahí hay una parada de taxis, voy a visitar las dos o tres cosillas a las que he venido.

— Buenos días, ¿está libre?

— Buenos días, señor. Libre y a su disposición. Usted dirá dónde quiere que le lleve.

— Había pensado adquirir sus servicios por todo el día. Visitar una cosa, quedar con usted a una hora. Y emprender una segunda visita, y así prácticamente toda la jornada de hoy. Si se puede hacer eso, que no lo sé. Usted dirá.

— Sí, perfectamente, mientras usted permanece visitando algo, yo le esperaré. Sin problemas

— La verdad que ustedes no han perdido el acento. Se lo digo porque hace ya más de cincuenta años que no piso mi tierra, y el tono de voz permanece idéntico. Al menos así lo recuerdo yo… Bueno, iremos primero al paseo de los Tristes; déjeme usted al inicio, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, y yo poco a poco seguiré el curso del río Darro. Al cabo de una hora me espera en la calle de subida al Albaicín, la cuesta del Chapiz, si no recuerdo mal el nombre.

— Has de aprovechar todo el tiempo que estés en la escuela, permanece con los oídos bien abiertos y toma nota de cuánto te diga el maestro. Tú debes procurar no estar atado toda la vida a esta tierra, a expensas de la voluntad del señorito de turno. Tú,

hijo mío, has tenido mucha suerte y no necesitarás trabajar toda la vida como un mulo, como tu padre; te irás a las fábricas que construyen por toda la Vega de Granada, estas fábricas nuevas de azúcar… Hace unos años se perdió Cuba, de dónde procedía el azúcar de caña, y ahora los terratenientes invierten en el cultivo de la remolacha, un tubérculo gigante que sustituye a la caña, ventajosamente. Allá, en la azucarera, no tendrás que pasar tantas fatigas ni trabajar de sol a sol, quemándote la piel ni a expensas de la voluntad de un señorito. Allá te harán un contrato por tanto tiempo y, si eres cumplidor y formal, nunca te ha de faltar trabajo. Terminas tu jornada y para casa, no como en las faenas del campo o en la recogida de la aceituna, jornadas interminables que luego no te las pagan, la cantidad de horas que uno trabaja por la cara para el capataz.

— Deja al niño de meterle ideas raras, lo que tiene que hacer es lo que siempre se ha hecho, trabajar las tierras del señorito, y ya está. Además, no es necesario que acabe la escuela, ya muchos niños de su edad, incluso más jóvenes todavía, han dejado de ir al colegio y ayudan a sus padres en las faenas del campo, y aunque cobran algo menos, se llevan dos sueldos a casa. Total, para qué quiere tanto estudiar, para lo que le va a servir, para nada. Allí los tienen a los niños entretenidos para que no molesten. Y no lo veo mal, pero cuando crezcan un poco y tengan fuerza física, a trabajar, eso es lo único que nos da de vivir.

—Mira que hablas disparates. ¿Para qué te crees que sirve estudiar? Para conocer en qué mundo viven, en qué país están, para no tener que trabajar de mula de carga como sus padres e intentar vivir mejor, superar el régimen de subsistencia. Eso es lo que deseamos todos los padres, que nuestros hijos nos superen, que no vivan esclavizados como nosotros, y eso se consigue estudiando. Quién sabe si hasta consiga trabajar en una oficina. ¡Una oficina!